

suertes ella padecía mucho. Se le figuraba que toda la vida se le había subido á la cabeza; que el estómago era una máquina parada, y el cerebro un horno en que ardía todo lo que ella era por dentro. El pensar sin querer, contra su voluntad, algo complicado, original, delicado, exquisito, llegó á causarle náuseas, y se le antojó envidiar á los animales, á las plantas, á las piedras.

En la convalecencia de la segunda fiebre, en Vetus-ta, volvió esta actividad indomable del pensamiento á molestarla; pero poco después de comenzar á comer bien, mediante aquellos esfuerzos supremos, notó que unas ruedas que le daban vueltas dentro del cráneo se movían más despacio y con armónico movimiento. Ya no imaginaba tantos héroes y heroínas, y los que le quedaban en la cabeza eran menos fantásticos, sus sentimientos menos alambicados, y se complacía en describir su belleza exterior; los colocaba en parajes deliciosos y pintorescos y acababan todas las aventuras en batallas ó en escenas de amor.

Al despertar todas las mañanas se sorprendía Anita con una sonrisa en el alma y una plácida pereza en el cuerpo. Las tías le permitían levantarse tarde, y gozaba con delicia de aquellas horas. Para ella su lecho no estaba ya en aquel caserón de sus mayores, ni en Vetus-ta, ni en la tierra; estaba flotando en el aire, no sabía dónde. Ella se dejaba columpiar dentro de la blanda barquilla en aquel navegar aéreo de sus ensueños... Y mientras los personajes de su fantasía se decían ternezas, ella les preparaba un succulento almuerzo en un jardín de fragancias purísimas y penetrantes. Ana aspiraba con placer voluptuoso los aromas ideales de sus visiones turgentes.

Algunas veces, por desgracia, el príncipe ruso vestido con pieles finas ó el noble escocés que lucía torneada y robusta pantorrilla con media de cuadros

brillantes, se convertían de repente en un caballero enfermo del hígado, pálido, delgado, tocado con sombrero de jipijapa, que se despedía de la señora de sus pensamientos diciendo:

«—Adiosito. Ahorita vuelvo.»— con un balanceo de hamaca en los diminutivos. Era el indiano que veían en lontananza ella y las tías.

Doña Águeda era muy buena cocinera; conocía el empirismo del arte, y además lo profesaba por principios. Sabía de memoria «*El Cocinero Europeo*,» un libro que contiene el arte de confeccionar todos los platos de las cocinas inglesa, francesa, italiana, española y otras. Pero salía por un ojo de la cara el guisar como el *Europeo*, según doña Águeda. Cuando se trataba de una gran comida ó merienda de la aristocracia, ella dirigía las operaciones en la cocina del marqués de Vegallana y entonces recurría al *Europeo*. En su casa había muy poco dinero y allí se contentaba con las recetas que heredara de sus mayores. Maravillas y primores de la cocina casera comió Anita en cuanto el estómago pudo tolerarlas. Doña Águeda con unos ojos dulzones, inútilmente grandes, que nadie había querido para sí, miraba extasiada á la convaleciente que iba engordando á ojos vistas, según las de Ozores. Mientras la joven saboreaba aquellos manjares tributando un elogio á la cocinera á cada bocado, doña Águeda, satisfecha en lo más profundo de su vanidad, pasaba la mano pequeña y regordeta con dedos como chorizos llenos de sortijas, por el cabello ondeado entre rubio y castaño de la sobrinita de sus pecados, como ella decía. El artista y su obra se dedicaban mutuas sonrisas entre plato y plato.

Doña Anuncia no cocinaba, pero iba á la compra con la criada y traía lo mejor de lo más barato. Ayudábala á comprar bien un antiguo catedrático de psicología, lógica y ética, gran partidario de la escuela escocesa y

de los embutidos caseros. No se fiaba mucho ni del testimonio de sus sentidos ni de las longanizas de la plaza. Era muy amigo de doña Anuncia y la ayudaba á regatear.

La solterona después del mercado recorría las casas de la nobleza para pregonar aquel exceso de caridad con que ella y su hermana daban ejemplo al mundo.

—Si Vds. la vieran—decía—está desconocida; se la ve engordar. Parece un globo que se va hinchando poco á poco. Verdad es que aquella Águeda tiene unas manos... En fin, Vds. saben por experiencia cómo guisa mi hermanita. Yo me desvivo por la niña. En casa no entendemos la caridad á medias. Todos los días se ve recoger á un pariente pobre, ¿para qué? para ahorrar un criado ó una doncella; se le arroja un mendrugo y no se le paga soldada. Pero nosotras entendemos la caridad de otro modo. En fin, Vds. verán á la niña. Y que va á ser guapa. Ya verán Vds.

En efecto, la nobleza iba en romería á ver el prodigio, á ver engordar á la niña.

El elemento masculino notó mucho antes que el femenino la extraordinaria belleza de Anita. Pocos meses después de la fiebre, Ana había crecido milagrosamente, sus formas habían tomado una amplitud armónica que tenía orgullosa á la nobleza vetustense. La verdad era que el tipo aristocrático no se perdía, pese á la chusma que no quiere clases. Aquella niña en cuanto la habían separado de una vida vulgar, en poder de un padre extraviado y liberalote, y la habían alimentado bien, había recobrado el tipo de la raza. Se votó por unanimidad que era hermosísima. La plebe opinaba lo mismo que la nobleza, y la clase media era de igual parecer. En poco tiempo se consolidó la forma de aquella hermosura y Anita Ozores fué por aclamación la muchacha más bonita del pueblo. Cuando llegaba un forastero, se le enseñaba la torre de la

catedral, el Paseo de Verano, y, si era posible, la sobrina de las de Ozores. Eran las tres maravillas de la población.

Doña Águeda agradecía este triunfo como Fidias pudiera haber agradecido la admiración que el mundo tributó á su Minerva.

—Es una estatua griega!—había dicho la marquesa de Vegallana, que se figuraba las estatuas griegas según la idea que le había dado un adorador suyo, amante de las formas abultadas.

—¡Es la Venus del Nilo!—decía con embeleso un pollastre llamado Ronzal, alias el Estudiante.

—Mas bien que la de Milo la de Médicis—rectificaba el joven y ya sabio Saturnino Bermúdez, que sabía lo que quería decir, ó poco menos.

—Es un Fidias!—exclamaba el marqués de Vegallana, que había viajado y recordaba que se decía: «un Zurbarán,» «un Murillo,» etc., etc., tratándose de cuadros.

Y Bermúdez se atrevía á rectificar también:

—En mi opinión más parece de Praxiteles.

El marqués se encogía de hombros:

—Sea Praxiteles.

Las señoras eran las que podían juzgar mejor, porque muchas de ellas habían conseguido ver á Anita como se ven las estatuas. No sabían si era un Fidias ó un Praxiteles, pero si que era una real moza; un *bijou*, decía la baronesa tronada que había estado ocho días en la Exposición de París.

Su belleza salvó á la huérfana. Se la admitió sin reparo en la clase, en la intimidad de la clase por su hermosura. Nadie se acordaba de la modista italiana.

—Tampoco Ana debía mentarla siquiera, según orden expresa de las tías. — Se había olvidado todo, incluso el republicanismismo del padre, todo: era un perdón general. Ana era de la clase; la honraba con su her-

mosura, como un caballo de sangre y de piel de seda honra la caballeriza y hasta la casa de un potentado.

Las señoritas nobles no envidiaban mucho á Anita, porque era pobre. Para ellas la hermosura era cosa secundaria; daban más valor á la dote y á los vestidos, y creían que las proporciones—los novios aceptables—harían lo mismo. Sabían á qué atenerse. En las tertulias, en los bailes, en las excursiones campestres no le faltarian á la *sobrino* adoradores; los muchachos de la aristocracia eran casi todos libertinos más ó menos disimulados; les atraería la hermosura de Ana, pero no se casarian con ella. Cada niña aristócrata no necesitaba más cuidado que prohibir á su novio formal—el futuro esposo—*hacer el amor* á la huérfana, á lo menos en presencia de su futura. Si Anita se descuidaba, pensaban las herederas, podía verse comprometida sin ninguna utilidad. Dentro de la nobleza no era probable que se casara. Los nobles ricos buscaban á las aristócratas ricas, sus iguales; los nobles pobres buscaban su acomodo en la parte nueva de Vetusta, en la Colonia india, como llamaban al barrio de los americanos los aristócratas. Un indiano plebeyo, un *vespuccio*—como también les apellidaban—pagaba caro el placer de verse suegro de un título, ó de un caballero linajudo por lo menos.

El cálculo de las tías respecto al matrimonio de Ana no se había modificado á pesar de la gran hermosura de su sobrina. Por guapa no se casaría con un noble; era preciso abdicar, dejarla casarse con un ricacho plebeyo. Entre tanto, se necesitaba mucha vigilancia y tener advertida á la niña.

—En el gran mundo de Vetusta—decía doña Anuncia—es preciso un ten con ten muy difícil de aprender.

Aunque la explicación de este equilibrio ó ten con ten era un poco embarazosa, y más para una señorita que oficialmente debía ignorarlo todo, y en este caso

estaba doña Anuncia, convinieron las hermanas en que era indispensable dar instrucciones á la chica.

Pocas veces se permitía Ana manifestar deseos, gustos ó repugnancias, y menos éstas, tratándose de los gustos y predilecciones de sus tías; pero una noche no pudo menos de expresar su opinión al volver sola de la tertulia íntima de Vegallana.

—¿Te has divertido mucho?—preguntó doña Anuncia, que se había quedado en el comedor, junto á la gran chimenea, leyendo el folletín de *Las Novedades*. (Era liberal en materia de folletines.)

—No, señora; no me he divertido. Y no quisiera volver allá sin alguna de Vds. Cuando voy sola...

—¿Qué?—exclamó doña Anuncia, invitando á su sobrina con el tono áspero de aquel monosílabo á que no profiriese censura de ningún género contra la tertulia de su predilección.

—Cuando voy sola... me aburren demasiado aquellos caballeritos.

No era esto lo que quería decir. Bien lo comprendió su tía, pero quería más claridad y replicó:

—¡Aburren! aburren! Explíquese Vd., señorita. ¿Es que le parece poco fina la sociedad de Vetusta?

Por el Vd. y la ironía comprendió Ana que doña Anuncia se había disgustado.

—No es eso, tía; es que hay algunos... muy atrevidos... No sé qué se figuran. Vds. no quieren que yo sea oscura, seria, huraña....

—Claro que no.

—Pues que no sean ellos atrevidos. Si Obdulia les consiente ciertas cosas... yo no quiero; yo no quiero.

—Ni yo quiero tampoco que tú te compares con Obdulia. Ella es... una cualquier cosa, que no sé cómo la admiten en la tertulia; y por darse tono, por decir que es íntima de la marquesa y de sus hijas, pasa por todo. Tú eres de la clase.

—Es que no sólo Obdulia es la que tolera... lo que yo no quiero tolerar. Las mismas Emma, Pilar y Lola consienten confianzas...

—¡No me toques á las hijas del marqués!—gritó la tía, poniéndose en pié y dejando caer el Werther sobre la raída alfombra.

«—Soy una bestia, pensó; debí haber callado.» Cada vez que faltaba á su propósito de no contradecir á las tías, sentía una especie de remordimiento, como el del artista que se equivoca.

Entró doña Águeda. Había oído la conversación desde el gabinete. Las dos hermanas se miraron. Era llegada la ocasión de explicar lo del ten con ten.

—Oye, Anita—dijo con voz meliflua la perfecta cocinera;—tú eres una niña; y aunque nosotras poco sabemos del mundo, tenemos alguna experiencia, por lo que se observa.

—Eso es; por lo que observamos en los demás.

—En el mundo en que has entrado, y al que perteneces de derecho, es necesario... un ten con ten especial.

—Un ten con ten, eso.

—Sobre todo en el trato con los hombres. Tú habrás notado que en público los de la clase jamás faltan á la más estricta y meticulosa... eso, decencia.

—Que es lo principal—dijo doña Anuncia, como quien recita el decálogo.

—Nunca habrás visto á Manolito, ni á Paquito, ni al baroncito, ni al vizconde, ni á Mesía, que no es noble, pero anda con ellos, propasarse en lo más mínimo... Pero en el trato íntimo, el que no es más que de la clase, ya es otra cosa.

—Otra cosa muy distinta—dijo doña Anuncia, comprendiendo que á ella, por mayor en edad, le tocaba seguir explicando el ten con ten.

—Como todos somos parientes—continuó—de cerca

ó de lejos, nos tratamos como tales; y ni porque se te acerquen mucho para hablarte; ni porque hagan alusiones picarescas, y siempre llenas de gracia, á la hermosura de tus hombros, á lo torneado de lo poco, poquísimo de pantorrilla que te hayan visto al bajarte del coche; por nada de eso, ni aun por algo más, con tal que no sea mucho, debes asustarte, ni escandalizarte, ni darte por ofendida.

—De ninguna manera—apoyó doña Águeda.

—Lo contrario es dar á entender una malicia que no debes tener. Tu inocencia te sirve para tolerar todo eso.

—Así hacen Pilar, Emma y Lola.

—Pero...

—Pero, hija...

—Pero, si lo que no es de esperar...

—De ninguna manera...

—Alguno se propasase á mayores, lo que se llama mayores, sobre todo, tomándolo en serio y obsequiándote (palabra de la juventud de doña Anuncia), obsequiándote en regla, entonces no te fíes; déjale decir, pero no te dejes tocar. Al que te proponga amores formales, no le toleres pellizcos, ni nada que no sea inofensivo. Escandalizarse es ridículo, es como no saber con qué se come alguna cosa...

—Es una falta de educación entre la clase...

—Y tolerar demasiado es exponerse. Tú no te has de casar con ninguno de ellos...

—Ni gana, tía—dijo Anita sin poder contenerse, pesándole en seguida de haberlo dicho.

Doña Águeda sonrió.

—Eso de la gana te lo guardas para ti—exclamó doña Anuncia, puesta en pié otra vez, y dejando caer el Werther al suelo.

—Eres muy orgullosa—añadió.

—Déjala; el que no se consuela...

—Tienes razón; están verdes. Pero lo que importa es que tú no olvides lo que te digo. Es necesario que dejes antes de entrar en casa de la marquesa ese aire displicente y ese tonillo seco, porque es una impertinencia. Lo que está bien, muy bien, y ya ves como lo bueno se te alaba, es que en público mantengas el severo continente que merece no menos elogios del público que tu palmito y buen talle.

—Sí, hija mía—interrumpió doña Águeda.—Es necesario sacar partido de los dones que el Señor ha prodigado en ti á manos llenas.

Ana se moría de vergüenza. Estos elogios eran el mayor martirio. Se figuraba sacada á pública subasta. Doña Águeda y después su hermana trataron con gran espacio el asunto de la cotización probable de aquella hermosura que consideraban obra suya. Para doña Águeda la belleza de Ana era uno de los mejores embutidos; estaba orgullosa de aquella cara, como pudiera estarlo de una morcilla. Lo demás, lo que se refería á la esbeltez, lo había hecho la raza, decía doña Anuncia, que se picaba de esbelta, porque era delgada.

Al ventilar semejante negocio, el tipo de la trotaconventos de salón, que sólo se diferencia de las otras en que no hace ruido, asomaba á la figura de aquellas solteronas, como anuncio de vejez de bruja; la chimeña arrojaba á la pared las siluetas contrahechas de aquellas señoritas, y los movimientos de la llama y los gestos de ellas producían en la sombra un embrión de aquelarre.

Lo que eran los hombres, y especialmente los indios, lo que no les gustaba, la manera de marearlos, lo que había que conceder antes, lo que no se había de tolerar después, todo esto se discutió por largo, siempre concluyendo con la protesta de que era hija tanta sabiduría de la observación en cabeza agena.

—Por lo demás, ni tu tía Águeda ni yo manifestamos nunca afición al matrimonio.

Así fué cómo se le explicó á la huérfana lo del ten con ten.

Aquella noche lloró en su lecho Ana como lloraba bajo el poder de doña Camila. Pero había cenado muy bien. Al despertar sintió la deliciosa pereza que era casi el único placer en aquella vida. Como entonces ya no había motivo para no madrugar y el trabajo la reclamaba en aquella casa desde muy temprano, procuraba despertar mucho antes de lo necesario para gozar de aquellos sueños de la mañana, rebozada con el dulce calor de las sábanas.

Uno á uno, despreciaba todos los elogios que á su hermosura tributaban los señoritos nobles y los abogados de Vetusta y cuantos la veían; pero al despertar, como una neblina de incienso bien oliente envolvían su voluptuoso amanecer del alma aquellas dulces alabanzas de tantos labios condensadas en una sola, y con deleite saboreaba Ana aquel perfume. Y como la historia ha de atreverse á decirlo todo, según manda Tácito, sepase que Anita, casta por vigor del temperamento, encontraba exquisito deleite en verificar la justicia de aquellas alabanzas. Era verdad, era hermosa. Comprendía aquellos ardores que con miradas unos, con palabras misteriosas otros, daban á entender todos los jóvenes de Vetusta. Pero ¿el amor? ¿era aquello el amor? No, eso estaba en un porvenir lejano todavía. Debía de ser demasiado grande, demasiado hermoso para estar tan cerca de aquella miserable vida que la ahogaba, entre las necedades y pequeñeces que la rodeaban. Acaso el amor no vendría nunca; pero prefería perderlo á profanarlo. Toda su resignación aparente era por dentro un pesimismo invencible; se había convencido de que estaba condenada á vivir entre necios; creía en la fuerza superior de la estupidez

general; ella tenía razón contra todos, pero estaba debajo, era la vencida. Además su miseria, su abandono la preocupaban más que todo; su pensamiento principal era librar á sus tías de aquella carga, de aquella obra de caridad que cada día pregonaban más solemnemente las viejas.

Quería emanciparse; pero ¿cómo? Ella no podía ganarse la vida trabajando; antes la hubieran asesinado las Ozores; no había manera decorosa de salir de allí á no ser el matrimonio ó el convento.

Pero la devoción de Ana ya estaba calificada y condenada por la autoridad competente. Las tías, que habían maliciado algo de aquel misticismo pasajero, se habían burlado de él cruelmente. Además la falsa devoción de la niña venía complicada con el mayor y más ridículo defecto que en Vetusta podía tener una señorita: la literatura. Era este el único vicio grave que las tías habían descubierto en la joven y ya se le había cortado de raíz.



«—Por allí, por allí asomaba la oreja de la modista italiana que, en efecto, debía de haber sido bailarina, como insinuaba doña Camila en su célebre carta.»

Cuando doña Anuncia topó en la mesilla de noche de Ana con un cuaderno de versos, un tintero y una pluma, manifestó igual asombro que si hubiera visto un rewólver, una baraja ó una botella de aguardiente. Aquello era una cosa hombruna, un vicio de hombres vulgares, plebeyos. Si hubiera fumado, no hubiera sido mayor la estupefacción de aquellas solteronas. «¡Una Ozores literata!»

El cuaderno de versos se había presentado á los padres graves de la aristocracia y del cabildo.

El marqués de Vegallana, á quien sus viajes daban fama de instruido, declaró que los versos eran libres.

Doña Anuncia se volvía loca de ira.

—¿Con que indecentes, libres? ¡Quién lo dijera! La bailarina...

—No, Anuncita, no te alteres. Libres quiere decir blancos, que no tienen consonantes; cosas que tú no entiendes. Por lo demás, los versos no son malos. Pero más vale que no los escriba. No he conocido ninguna literata que fuese mujer de bien.

Lo mismo opinó el barón tronado, que había vivido en Madrid mantenido por una poetisa traductora de folletines.

El señor Ripamilán, canónigo, dijo que los versos eran regulares, acaso buenos, pero de una escuela romántico-religiosa que á él le empalagaba.

—Son imitaciones de Lamartine en estilo pseudo-clásico; no me gustan, aunque demuestran gran habilidad en Anita. Además, las mujeres deben ocuparse en más dulces tareas; las musas no escriben, inspiran.

La marquesa de Vegallana, que leía libros escandalosos con singular deleite, condenó los versos por mojigatos. «Que no se le mezclase á ella lo humano con lo divino. En la iglesia como en la iglesia, y en literatura ancha Castilla.» Además, no le gustaba la poesía; prefería las novelas en que se pinta todo á lo vivo, y tal como pasa. «¡ Si sabría ella lo que era el mundo! En cuanto á la *sobrinita*, era indudable que había que cortarle aquellos arranques de falsa piedad novelesca. Para ser literata, además, se necesitaba mucho talento. Ella lo hubiera sido á vivir en otra atmósfera. ¡Lo que habían visto aquellos ojos!» Y recordaba unas *Aventuras de una cortesana*, que había ella proyectado allá en sus verdores, ricos de experiencia.

Tan general y viva fué la protesta del *gran mundo* de Vetusta contra los conatos literarios de Ana, que ella misma se creyó en ridículo y engañada por la vanidad.

Á solas en su alcoba algunas noches en que la tristeza la atormentaba, volvía á escribir versos, pero los rasgaba en seguida y arrojaba el papel por el balcón para que sus tías no tropezasen con el cuerpo del delito. La persecución en esta materia llegó á tal extremo, tales disgustos le causó su afán de expresar por escrito sus ideas y sus penas, que tuvo que renunciar en absoluto á la pluma; se juró á sí misma no ser «la literata», aquel ente híbrido y abominable de que se hablaba en Vetusta como de los monstruos asquerosos y horribles.

Las amiguitas, que habian sabido algo, y nunca tenían qué censurar en Ana, aprovecharon este flaco para *ponerla en berlina* delante de los hombres, y á veces lo consiguieron. No se sabía quién—pero se creía que Obdulia—había inventado un apodo para Ana. La llamaban sus amigas y los jóvenes desairados *Jorge Sandio*.

Mucho tiempo después de haber abandonado toda pretensión de poetisa, aún se hablaba delante de ella con maliciosa complacencia de las literatas. Ana se turbaba, como si se tratase de algún crimen suyo que se hubiera descubierto.

—En una mujer hermosa es imperdonable el vicio de escribir—decía el baroncito, clavando los ojos en Ana y creyendo agradarla.

—¿Y quién se casa con una literata?—decía Vegallana sin mala intención. Á mí no me gustaría que mi mujer tuviese más talento que yo.

La marquesa se encogía de hombros. Creía firmemente que su marido era un idiota. «¡Á qué llamarán talento los maridos!»—pensaba, satisfecha de lo pasado.

—Yo no quiero que mi mujer se ponga los pantalones—añadía el afeminado baroncito. Y la marquesa, vengando en él lo de su marido, decía:

—Pues hijo mío, serán Vds. un matrimonio *sansculotte*.

Fuera de estas defensas relativas de la marquesa, era unánime la opinión: la literata era un absurdo viviente.

—«Tenían razón en este punto aquellos necios, llegó á pensar Ana; no escribiría más.» Pero ella se vengaba de las burlas despreciándolas y desdeñando los obsequios de aquellos que su orgullo tenía por majaderos aristocráticos. Admitía el culto que se tributaba á su hermosura, pero como algunos hombres eminentes desvanecidos, uno por uno despreciaba á los fieles que se prosternaban ante el ídolo. Para ella eran incompatibles el amor y cualquiera de aquellos nobles audaces antes, cobardes ya ante su desdén supremo. Era demasiado crédula en cuanto se refería á las cosas vanas y repugnantes del mundo en que vivía; para tales materias prefería las advertencias de doña Anuncia al propio criterio. Al principio se le había figurado que ella, con un poco de arte, hubiera podido conquistar á cualquiera de aquellos nobles ricos que se divertían con todas y se casaban con la de mayor dote. Pero le pareció una indignidad asquerosa semejante idea; ni una sola vez trató de ensayar sus recursos y prefirió creer á su tía: aquellos aristócratas interesados no eran maridos posibles. Se acostumbró á esta idea y miraba á sus amigos y parientes como á los figurines de las sastrerías: en efecto, les veía tan enclenques de espíritu que se le antojaban de papel marquilla.

Los *pollos* de la aristocracia acabaron por confesar que Ana era una excepción; ó calculaba más que sus mismas tías, ó era una virtud efectiva.

—«¡Qué diablo, alguna había de haber!»